

En los tiempos de cruda persecución contra los discípulos del Cordero, la imagen de María se destacaba con frecuencia entre el espeso follaje de los campos; unas cuantas ramas cruzadas, entretejidas de oloroso verde y flores varias, constituían el dosel magnífico del rústico oratorio mariano. También junto á los arroyos ó fuentes eran levantadas en los bosques capillas virginales, formadas de enormes troncos de árboles, cimentados con yerba mezclada de arcilla, siendo el techo de paja con alta espadaña, en cuyo vértice, dos rústicos maderos cruzados, entretejidos con ramas de sauce que descendían hasta cubrir exteriormente la iglesita, constituían el signo de nuestra redención. Eran capillas en que todo era poesía y santidad. El cristiano sencillo entraba en ellas para contemplar un espectáculo imponente: la Virgen en medio del silvestre pabellón sobre modesto altar; á sus pies un sacerdote elevando la Hostia del Sacrificio augusto; afluencia de prosélitos del Crucificado que en derredor del trono de la Virgen meditaban en silencio y con el mayor recogimiento los misterios de la Santa Misa; si los rayos del sol penetraban por entre la espesura de las ramas y follaje de la capilla y herían con sus luces de oro el rostro de la Reina de las flores, no era sino para hacer resaltar aún más la belleza inmensa de María y la hermosura inefable del Sacrificio Santísimo.

Los fervorosos anacoretas llevaron el doble culto eucarístico é inmaculado hasta el fondo de los bosques y desiertos. Allí, en lo interior de horrorosa gruta, al pié de un altarcillo en el que se destacaban un Crucifijo, una Virgen y una calavera, el solitario, con la Biblia en la mano, cantaba los poéticos salmos del vate coronado; después se deslizaba por el bosque umbrío ó por la escarpada falda del monte, en busca de arrayanes y sauces, flores y capullos que encontraba á lo largo de los arroyos, y con ellos formaba arcos de verdor enlazados de rosas, lirios y violetas y los colocaba sobre la tosca efigie de la Reina de la flores. Preparado el altar, celebraba el sacrificio si era sacerdote, ó comulgaba del *santo depósito*, conservado en modesto sagra-

rio al pie de la Virgen, preparándose con la devoción que aquella veneranda imagen le inspiraba.

Jamás encontraremos la devoción á la Inmaculada sin la devoción al Sacramento, como la piedad por éste sin aquella. Cuando la paz constantiana imperó en el mundo, la imagen de María era llevada en triunfo para ocupar las hornacinas construídas en las esquinas y encrucijadas. Ante el simulacro de la Madre de Dios, los devotos colocaban, junto con los exvotos, una lámpara que encendían periódicamente á sus expensas, pero que ardía de continuo, debido al incalculable número de amantes de la Virgen. Todos los particulares se disputaban el honor de engalanar las hornacinas marianas, y por la tarde, cuando los campesinos regresaban de sus faenas, unos llevaban cargas de enredaderas, otros lirios silvestres y flores del prado, y como si todos hubieran sido movidos por un mismo resorte, ornaban la capillita y las sienes de la Madre de Dios. Los frutos primerizos del campo, como los racimos y las espigas, eran colocados en las manos de la Inmaculada, á fin de que los bendijera y tuviera especial cuidado de que madurasen. Ante esa imagen bendita desfilaban á todas horas hombres y mujeres, niños y ancianos, sobre todo de noche y en las grandes festividades, murmurando oraciones, elevando plegarias, emitiendo cantares y danzando á veces religiosamente, al compás de algún rústico instrumento, llevados del entusiasmo por María. Y aquí viene el nexo del culto inmaculado con el del Sacramento. Esas gentes sencillas que tanto honraban á María de ordinario, querían festejarla todavía más, llevando su efigie en procesión extraordinaria al templo ú oratorio donde, colocándola sobre vistoso y perfumado trono, y participando todos del Cuerpo de Jesucristo, comenzaban á celebrar el adorable Sacrificio de la Misa, como diciendo: Adoramos al Sacramento Santísimo, venerando á la Inmaculada. Nosotros vamos á Jesucristo por María.

Los reyes, en particular los españoles, porque, dígame lo que se quiera, la devoción á María inmaculada es eminentemente española, cifraban la esperanza de la paz de sus pue-

blos y de sus conquistas, en el Sacramento por María. Los militares habían chupado esta bella devoción en los castos pechos de sus madres, y se lanzaban á la lucha con la seguridad de que el doble Misterio iba á conseguirles completa victoria. Pelayo, si hace llevar al campamento la figura de María, es para interesarla á su favor, el cual alcanza, recibiendo con los suyos el Pan de los ángeles á los pies de la Inmaculada. Alfonso VI conquista á Toledo y Madrid por mediación del Sacramento y María, lo cual comprueba, purificando inmediatamente el templo de la Almudena, hecho mezquita por los moros, y estableciendo una comunidad de canónigos para que den culto á los dos Misterios. Los Alfonsos I de Aragón y de Castilla se distinguieron por sus liberalidades con los templos y donativos riquísimos hechos á las milagrosas imágenes de María. D. Jaime el Conquistador, si consigue 30 victorias sobre los hijos del Islam, purifica y levanta mil iglesias para honrar á Cristo Sacramentado, las cuales dedica á la Virgen sin mancha. Fernando III el Santo llevaba en el arzón de su caballo la efigie de María, á presencia de la cual ordenaba se celebrasen misas sin número. Covadonga y Clavijo, Simancas y las Navas, el Salado, Lepanto y S. Quintín, célebres victorias son, debidas sin duda al poder de Jesucristo Sacramentado por intercesión de la Inmaculada, de los cuales nuestros guerreros compatriotas devotos fueron.

¿Acaso las órdenes de caballería religiosa no reconocían por patrona á la Bienaventurada Virgen á la que debían de festejar, no sólo con himnos y armonías, si que principalmente con la sagrada Comunión y la Misa? ¿Acaso Recaredo no fundó el suntuoso monasterio y templo de Riánsares donde mandó venerar la imagen de este título? ¿Acaso Sisenando, Chindasvinto y Wamba, en su especial amor á la Inmaculada, no la honraban con los cultos al Sacramento Santísimo? ¿Acaso los reyes de la casa de Austria no introdujeron devociones marianas que debían de celebrarse juntamente con las solemnidades litúrgicas? Y si Colón denominó á la nave capitana *Santa María* y llevaba en ella la imagen de Maria:

á los pies de ésta celebraban el augusto Sacrificio los venerables sacerdotes que en dicha nave embarcaron.

La misma Virgen dió á conocer milagrosamente el lazo religioso que existe entre Ella y su Hijo Sacramentado. En Toledo regaló á S. Ildefonso una casulla; en Covadonga se apareció á Pelayo; en Valencia á S. Vicente Ferrer, y en la gloriosa batalla de Otumba la vieron radiante de gloria los españoles; visiones que se han repetido innumerables veces, pero no aisladamente, sino con motivo de los honores tributados á Jesucristo Sacramentado.

¡Qué mundo de ideas no se descubren en todos estos portentosos hechos, confirmadores de la proposición que sustentamos! La Iglesia, regida por el divino Espíritu, sale también al paso en su Oficio litúrgico para corroborarle. En la segunda estrofa del *Pange lingua*, atribuido al Angélico, dice así:

*Nobis datus, nobis natus
Ex intacta Virgine.*

Para alabar al Hijo Sacramentado necesita hacer mención de su augusta Madre. He ahí por qué en tiempo de Felipe III, un humilde lego franciscano, amante, como todos los profesores de su Religión, del doble Misterio santo, prorrumpiese con tierno acento: *Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Inmaculada Concepción de la siempre Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra, concebida sin mancha de pecado original*; y á partir de esta fecha, los predicadores usaron la bella salutación al principio de sus sermones, la Iglesia la adoptó para el comienzo y fin de sus ejercicios religiosos, los paisanos la emplearon al entrar en los domicilios, los testadores la fijaron como génesis de sus mandas y legados, los públicos vigilantes la cantaron solemnemente entre las oscuras tinieblas de la noche, y los hombres de letras como Fr. Alonso Hidalgo, (1) el Jesuita

(1) Alabado sea el Santísimo Sacramento y la Inmaculada Concepción de la Virgen nuestra Señora.—Consideraciones amorosas del Santísimo Sacramento.

Arias Armenta, (1) Jusepe Auñón, (2) y Alonso de Bonilla, (3) formaron respecto de la misma elegantes y raros comentarios en prosa y verso.

Las cofradías sacramentales tuvieron especial empeño de glorificar á la Virgen Inmaculada. Al efecto, en sus funciones al Sacramento, se derramaban en especialés consideraciones y cánticos sobre el célico Misterio, correspondiendo á su vez las Hermandades concepcionistas que practicaban otro tanto en honor del Sacramento. Testigo fiel es la Hermandad Sacramental de Sevilla que siempre hizo gala de honrar á la Madre de Dios, por obligación de instituto. En el fondo de la rica sacramental de dicha ciudad se exhibe un bello y grande cuadro al óleo que representa á los Doctores de la Iglesia, adorando al Sacramento y venerando á María, quien á su vez, inclinada la cabeza, adora á su Hijo Sacramentado. ¡Monumento fidedigno del nexo histórico de ambos dogmas en la ciudad hispalense; así como en Cádiz se exhibe otro no menos raro cuadro, representando á la Purísima Concepción, adorando al Sacramento, testigo de la fe gaditana.

Pero ¿por ventura, son Sevilla y Cádiz las únicas que semejantes muestras de afecto ligado á ambos Misterios manifiestan al mundo religioso? No; es toda España, es la Europa, es el mundo entero el que tales exhibiciones nos regala. Es Zaragoza, la que á los pies de su augusta Pilar pone de manifiesto al adorable Sacramento; es Valencia, la que junto al trono de la Virgen de los Desamparados, á pesar de los conatos jacobinos, distribuye diariamente numerosas comuniones á los fieles; es Cataluña, la que en el santuario de la morenita de Monserrat, alterna con las comunidades de religiosos y *escolans* las alabanzas á la Eucaristía y á la Inmaculada; es Madrid, la que en derredor de la Virgen de Atocha enlaza los cultos eucarísticos con los mariales; es

(1) Encomiæ Smæ. Eucharistiæ et Beatissimæ Virginis Mariæ ex sacra Scriptura deprompta, et ordine alphabetico disposita.

(2) Mesa florecida de Romances, Coplas y Villancicos, al Santísimo Sacramento.

(3) Peregrinos pensamientos de Misterios divinos.

Andalucía, la que se agolpa ante el bello simulacro de la Virgen de los Reyes para elevar con las espirales de incienso sus oraciones al Santísimo, y dirigir, juntamente con las notas del órgano mágico, las plegarias á su Virgen; es Francia, la que apiñada en los santuarios de Lourdes y la Saleta, distribuye diariamente el Pan de los fuertes á docenas de católicos; es Italia, la que junto á la Virgen de Loreto percibe con la religiosidad del santuario donde está Cristo sacramentado, las afluencias virginales; es el universo todo, y lo mismo en los desiertos del Asia y en las pampas de la América que en las agrestes sinuosidades de la Oceanía, los misioneros enseñan á sus feligreses el camino de María, al extremo del cual se halla Jesucristo. En todos estos lugares, á la par que entre nosotros, no se celebra una función religiosa en la que no se hable de Jesús y María; y todos los domingos, como en las grandes solemnidades, se honra á la Inmaculada ante el augusta Sacramento expuesto. En nuestros días, por más que en algún lugar sea más el lujo que la devoción el fin por que se expone la santa Eucaristía en las grandes novenas, triduos ó solemnidades de María: empero, en general consuela el alma y arranca á la voluntad un asentimiento profundo de fe, cuando vemos que por estos mismos motivos, junto con el culto solemne de la Inmaculada, se tributa uno muy grave y pomposo al Sacramento.

Estos conceptos generales traen la consideración de que cuando honramos á María no debemos venerarla aisladamente, sino en atención al Hombre-Dios; que María es el recto y seguro camino que conduce á Jesucristo; lo mismo que cuando adoramos al Hijo debemos acordarnos de su divina Madre. En consecuencia, que existe un nexo dogmático entre la Inmaculada y el Sacramento; que este nexo trae necesariamente el histórico, el literario y el artístico, y que nosotros debemos doblar nuestro cuerpo é inclinar nuestra frente, acatando y venerando dichos hermosos vínculos. En una palabra; que el Misterio de la Virgen Inmaculada, por cuanto es reconocido por las generaciones y los pueblos y va unido estrechamente al culto del Misterio eucarístico, es una

valiosa prueba de la veracidad de este último. Por ventura, este sentimiento, ¿no es universal? ¿Será posible que en el estrecho círculo de un capítulo reduzca á número los monumentos lindísimos, los testimonios irreprochables, los autores célebres que han hablado con voz elocuente de las grandezas de María Inmaculada en su relación estrecha con las infinitas bellezas de Cristo Sacramentado? No; que sí es labor curiosísima, también lo es innecesaria, siendo suficiente á lo expuesto que el corazón se exteriorice, consignando su devoción por ambos Misterios, y que la lengua, sin dejar de elogiarlos, repita con febril entusiasmo:

Dios para darse en comida
En este Pan celestial,
Tomó la carne escogida
De María, concebida
Sin pecado original (1).

(1) De un autor desconocido, Sevilla A. R. Gamara 1615.



CAPÍTULO XVII

La Eucaristía y las Ciencias

SUMARIO

- I. Preámbulo.—Concepto verdadero de la ciencia.—Toda verdad, y por consiguiente, toda ciencia participan de Dios, Verdad primera.—Con esta Verdad primera podemos unirnos á Dios, mediante la Eucaristía.—El dogma del Altar, fundamento del adelantamiento científico.
- II. Ciencias divinas: Teología, confirmando la Eucaristía.
- III. Ciencias espirituales: Filosofía, idem.
- IV.—Ciencias naturales: Física, Medicina, Botánica, Geología, Fisiografía, Geognosia, Geogonía, idem.
- V.—Ciencias exactas: Aritmética, Álgebra y Geometría;—Astronomía, Filología, Legislación, Economía, Historia, idem.
- VI.—Epílogo: Todas las ciencias se han desarrollado y han adelantado poderosamente con el influjo de la Eucaristía.

I

Fundados temores se apoderan de mí, al intentar mover la pluma para tratar una materia tan vasta como la indicada, circunscribiéndola á un solo capítulo, habiendo sido en parte desarrollada por eminentes teólogos, amantísimos de la Eucaristía, ante cuyos radiantes luminares, mi escaso numen se extingue como la moribunda luz de una humilde mariposa. Pero ya que el cuerpo de la obra exige un título como el apuntado, haré un gran esfuerzo, siquiera resulte en alabanza del Misterio eucarístico y provecho de los lectores. ¿Qué es la ciencia? Es, contesta nuestro diccionario, la sabiduría práctica de las cosas por principios ciertos.